

--Le han engañado—replicó con frialdad.

—¿Es este el uso que hace usted de la salud que milagrosamente ha recuperado?—preguntó con dulzura el médico.—¡Oh! no quiero presentarme á su vista de usted como moralista ni como maestro!... Sabe usted que le profeso amistad sincera y como amigo me permito ese lenguaje. ¡Clemencia Villa! ¡Con buena mujer le encuentro! Y por ella juega usted frenéticamente, Vaya, amigo mío, ¿está usted cierto de conservar íntegra la razón?

—¡De lo que estoy cierto es de quererla con delirio!—dijo Santiago con voz ahogada;— ¡pero no lo estoy de que de mí dependa cuanto usted ha dicho!... El amor que me inspira se encuentra tan íntimamente unido a la vida que he recobrado, que hasta me parece que es el principio de ella. Y luego, si no ocupase todo mi ser esta pasión que aniquila mi pensamiento ¿qué sería de mí? Miedo tengo de pensarlo y no quiero buscar...

Interrumpió su frase y fijó en el doctor una mirada indecisa.

—Es preciso que no reflexione—prosiguió— pues llegaría fácilmente á convencerme de que mi existencia es una monstruosidad peligrosa para los demás y para mí mismo... ¡No! ¡No, no quiero pensar! Y la vida que llevo y que merece las reconvenciones de usted, es para mí la única favorable.

—Pero las fuerzas no resucitarán—replicó Davidoff—y usted se matará...

Santiago prorrumpió en una risa nerviosa.

—¿Cree usted que sea eso posible? ¿Soy acaso dueño de mí mismo? ¿No me empuja una especie de fatalidad?

—Cuidado. Ese raciocinio que tiende á apartar de usted toda suerte de responsabilidades es una fácil disculpa de muchas faltas—dijo con severidad el doctor.—Usted ha temido morir y vive; hé aquí un hecho. No lo atribuya usted á cosas sobrenaturales. Está usted curado de la enfermedad que padecía; ¿es usted quizás el primero? Le he cuidado yo, agradezcámelo usted y no crea en fantasías pitagóricas, que harían reír á un niño...

—¿Se reía usted acaso en Monte-Carlo, la noche en que nos contó aquellas historia?...

—¿Le he dicho yo que creía lo que estaba refiriendo? Después de una excelente comida, nuestros amigos trataron del espiritismo y se hablaba sin concierto de la trasmisión de las almas... Tomé parte en lo que se discutía; pero si quiere usted conocer mi opinión verdadera, le diré que soy materialista y por consiguiente no puedo admitir que un cuerpo sea vivificado por un elemento cuya existencia no reconozco...

—Entonces ¿qué es lo que me ha salvado?—dijo Santiago con voz temblona.

—Ha recuperado usted la salud porque la caverna que la tisis había abierto en sus pulmones, se ha cicatrizado, merced al tratamiento que usted seguía, favorecido por la saludable influencia del clima... ¿qué milagros hay en esto? Fenómenos tan satisfactorios se producen todos los años sin turbar el espíritu de los que se curan.

Y se detuvieron en el borde de la mar, cuya superficie en calma y alumbrada por la luna, brillaba como bruñida plata. Santiago permaneció silencioso durante algunos instantes, y luego dijo bruscamente y como si quisiera desembarazarse de un peso que le estaba ahogando:

—¿Y Pedro Laurier?

—No era dueño de su razón—respondió Davidoff con tono grave—y con seguridad sabe usted quién se le arrebató. Pensemos, amigo mío, ó contribuyan á que recupere usted la infamia, bien conocida, de la mujer á quien todo lo está usted sacrificando.

—¡Calle usted por piedad!—exclamó el joven con violencia.—No sufriré que delante de mí se hable así de ella.

—La noche en que Laurier desapareció—prosiguió el doctor ruso—no fui yo quien le dirigía sangrientos reproches, maldiciéndola. sino él, y sin embargo, una fuerza invencible

le llevaba á casa de Clemencia, después de haber proferido cien veces los mismos insultos para repetir siempre igual acto de pusilanimidad. El infeliz comprendía la bajeza de su proceder, se daba horror á sí mismo, pedía fuerzas al cielo para estrangular á ese monstruo con cara de mujer y para matarse después. ¡El monstruo ha vencido una vez más al que quería domarle, y ahora usted es su presa, otros lo serán más tarde, si es que no los hay ya al mismo tiempo que usted!...

—¡Davidoff!

El ruso cogió con fuerza el brazo del joven:

—Confía usted en la fidelidad de esa hermosa? Laurier no creía en ella, y sin embargo volvía á su lado. La amaba más que usted pues él ya había sufrido la prueba de la traición... No es posible comprender hasta qué grado de bajeza arrastrará á usted Clemencia... ¿La ha sorprendido usted con otro amante? ¿Todavía no? ¡Bien! Esto es inevitable y después de rugir de cólera y de amenazarla, llorará usted á los pies de la criminal, pidiéndole piedad para su amor. ¡Sí, usted lo hará como le digo! Cuantos se han acercado á esa mujer, han representado este abyecto papel delante de ella y todos lo representarán en lo porvenir. Esto es lo que la hace despreciar á los hombres; los atrae por capricho y los de-

secha cuando dejan de agradarle. Procure usted enternecerla, y verá con qué fría ferocidad escucha sus lamentaciones y sus ruegos. Se burlará de usted, le insultará, le contará sus nuevos amores y le nombrará al feliz dueño de su corazón. Querrá usted anonadarla, como le sucedió á Laurier y morir después... Vamos Santiago, procure usted recuperar un instante de energía y un minuto de clarividencia. Lo que dije á Pedro en aquel momento fatal, en una noche paricida á esta y bajo un cielo tan estrellado como el que vemos ahora, se lo digo también á usted... El pobre jóven me respondió que cuanto la advertía yo era inútil y que no tenía ánimos para seguir mi consejos. Me dejó y no le hemos vuelto á ver... Pero él, por lo menos, estaba solo en el mundo, mientras que usted tiene una madre y una hermana. Acuérdesese usted de ellas. ¿Quiere que tengan que llorarle?

—Lloran ya por mí, Davidoff—replicó Santiago lleno de angustia.—Les ocasiono muchos tormentos, pesares é inquietud, y son muy desgraciadas por culpa mía. ¡Oh! ya conozco demasiado cuán culpable es mi conducta para con ellas. ¿No ha visto usted desde que se marchó á mi hermana? Pues bien, le asustaría el cambio que se ha operado en todo su ser. Los médicos han procurado conocer la

causa de su mal y ninguno acierta: pero mi madre y yo lo hemos adivinado, y á usted también le sucederá lo mismo... Está herida en el corazón. Amaba á Pedro Laurier y no puede consolarse de su muerte. Me lo ha confesado, allá, antes de partir, y miserable de mí, ha acogido su desesperada confesión con desconfianza y casi con odio.

Me parecía que estaba reprochándome la muerte del que amaba, é irritado abandoné á la pobre niña en vez de consolarla y de unir mis lágrimas á las suyas. Sentía la vida de Laurier fluir en mí, me la había dado, me pertenecía... Estaba yo aún tan cerca de las angustias de mi enfermedad, del horror de la agonía, que voy creyendo que hubiera hasta matado para defender mi existencia, recuperada de un modo tan prodigioso. Y sin embargo, me he entregado al placer como un loco, para imponer el silencio á mi razón y para acallar los gritos de mi conciencia. ¡Pero soy un cobarde, sí, un cobarde!... ¡La vida que llevo lo prueba!... ¡Ah! Davidoff... ¡por qué no tendré poder para devolver la existencia á Pedro Laurier!... Sería la salvación de Julieta y quién sabe si también la mía. Sí, al ver vivo al amado de mi hermana, tomaría confianza en mis propias fuerzas y dejaría de creer en aquel socorro sobrenatural, que por

más que digan en contra, me ha sostenido hasta aquí. Adquiriría entonces la certeza de que podía vivir como los demás y vendría á mi alma el reposo, la calma, el olvido... ¡Oh! ¡qué delicia! pues sépalo usted: ¡estoy cansado, cansado... muy cansado!...

Al decir esto, Santiago dejó escapar un suspiro inclinando la cabeza. Un doloroso estremecimiento sacudió todo su ser y su frente se cubrió de sudor. El ruso le estaba observando con gran compasión y le dijo;

—Sufre usted, Santiago; la brisa está refrescando, y no conviene que permanezca más tiempo aquí...

—¡Qué importa!—dijo el jóven con indiferencia.—Ni el frío ni el calor pueden nada sobre mí... Experimento un gran alivio habiendo dicho á Vd. lo que acaba de oír. Soy un pobre ser y hace bastante tiempo que subro malas influencias y no tengo valor para sobreponerme á ellas.

—¡Pues bien! Si usted se da cuenta exacta de sus faltas, no persistirá en ellas... Hace un momento me ha dicho usted que su madre tiene mucha pena y que su hermana está enferma... Partamos juntos mañana para París, vamos á verlas; consolará usted á su madre y yo cuidaré á su hermana... Su presencia de usted les hará mucho bien á ambas. y dejó á un lado el provecho que usted mismo ha de

sacar da este viaje. ¡Vamos, despues de la franqueza con que me ha hablado, es preciso un rasgo de resolución! ¡Es usted hombre y precisa portarse como tal!

Santiago pareció cortado por la claridad de la proposición y su semblante se contrajo. Le agitaba ya el pensamiento de alejarse de Clemencia, inquietándose de lo que durante su ausencia, haría, y balbuceó:

—¿Es necesario qua salgamos mañana? ¿No podemos esperar algunos días para tener tiempo de prepararme?

—¡No!—replicó con dureza Davidoff;—si retarda usted la marcha, no partirá. El viaje ha de efectuarse mañana mismo, y de no ser así no vuelvo á hablar á usted en mi vida; será usted para mí un extraño.,.

Y como el jóven titubeaba, el doctor repuso:

—¿Qué le detiene? ¿No es usted libre? ¿Está usted en el caso de pedir permiso á alguien para alejarse? Entonces su situación es peor de lo que yo suponía.

—¡Usted se equivoca!—exclamó Santiago al ver que el ruso sospechaba de Clemencia... —y le daré la prueba de ello. Hasta mañana, pues.

—¡No falte usted... bajo ningún pretexto!...

—Cuenta usted conmigo...

—Sea enhorabuena... Vaya, vamos à acostarnos para estar dispuestos à la hora conveniente.

Atravesando los salones del casino se marcharon. Delante de la verja un coche estaba parado. Despertaron al cochero, que dormía en el pescante, y montaron después que Santiago dió la orden de parar à la entrada del puerto. No hablaban yá, estaban reflexionando sobre el compromiso que ambos habían contraído.

El vehiculo, al pararse, les sacó de su meditación, pues se hallaban en el muelle, y anclado cerca de él, se mecía el precioso *yacht* blanco. El doctor se apeó y apretando la mano de Santiago, como para comunicarle su energía, le dijo:

—¡Ea! buenas noches. Iré mañana a buscar à usted...

—¡No, no! Ahórrese usted ese trabajo—replicó Santiago con viveza;—nos encontraremos en la estación.

—¡Si es así, ruego à usted que vaya una hora antes de la marcha del tren, con el fin de que almorcemos juntos en la fonda.

Y se separaron. El coche echó à andar en dirección à Deauville, mientras que el doctor atravesaba el estrecho puentecillo movedizo que unía al barco con el muelle, y se internó en el buque.

A eso de las nueve de la mañana, Davidoff se despertó al sentir el contacto de una mano que se posaba en su hombro. Abrió los ojos y vió delante de él al conde Woreseff. Por la ventanilla del camarote se divisaba el cielo azul y los rayos del sol que, reflejándose en las movedizas olas, formaban caprichosos dibujos en las paredes hechas con madera de arce.

—Mucho duerme usted esta mañana, querido doctor—dijo el gran señor ruso sonriendo;—esta es la segunda vez que aquí entro sin que usted se decida à moverse...

¿Qué ocurre, amigo mio? ¿Hay acaso algún enfermo à bordo?

—Felizmento no. Quiero únicamente saber cuáles son los proyectos de usted para hoy, antes de dar órdenes... Tengo ganas de ir à Cherburgo... ¿Le agrada esto?

—Dispéñseme usted ahora, querido conde; pero he decidido, si en ello no hay inconveniente, ir à pasar algunos días à Paris.

—Es usted enteramente libre... Pero juzgue si he obrado cuerdamente al consultarle—repuso sonriendo Woreseff.—¿Qué habría usted dicho si se hubiese despertado en el mar?

—No puede usted sospechar las consecuencias que esa fuga hubiera arrastrado consigo...

—Pues bien, levántese usted... Cuando esté usted en tierra, saldré del puerto, y cuando